

maba tan á pechos el sojuzgar su carne, y traerla á la obediencia y servicio del espíritu, que se privaba y huía de todo lo que á su cuerpo pudiese dar algun deleite ó regalo. Y así aunque era hombre robusto y de grandes fuerzas, á pocos dias se enflaqueció y marchitó la fuerza de su antiguo vigor y valentía, y quedó muy debilitado con el rigor de tan áspera penitencia.

»Vino con esto á traer á sí los ojos de las gentes, y tras ellos llevaba los corazones. De manera que muchos que se le allegaban y deseaban tratar familiarmente con él, cuando le oían, quedaban por una parte maravillados, y por otra inflamados para todo lo bueno. Porque aunque él era principiante en las cosas espirituales, y poco ejercitado en las virtudes; pero estaba tan abrasada su ánima en el fuego del amor divino, que no podían dejar de salir fuera sus llamas y resplandores. Y de aquí es que sus palabras tan encendidas, acompañadas con la fuerza y espíritu que tenía en persuadir á la verdadera virtud, y con el ejemplo de aquella vida que todos veían, ayudándole la gracia del Señor para todo, eran parte para ganar las almas á Dios, y para enamorar los corazones de los que trataba, y aficionarlos á sí, y traerlos suspensos con grande admiracion. Para lo cual no ayudaba poco, lo mucho que se habia divulgado por la tierra de su nobleza y valor, que fué como suele, creciendo de lengua en lengua, y publicando aun mucho mas de lo que en él habia en hecho de verdad.

»Tuvo origen esta fama, de lo que él con tanto secreto habia hecho en Montserrat, que con toda su diligencia y cuidado no lo pudo encubrir; porque cuanto él mas procuraba esconder la candelita encendida, y ponerla debajo del medio celemin, tanto mas Dios nuestro señor la ponía sobre el candelero, para que á todos comunicase su luz.

»Entrando, pues, en este palenque nuestro soldado, luchando consigo mismo, y combatiendo valerosamente contra el demonio, pasó los cuatro primeros meses con gran paz y sosiego de conciencia, y con un mismo tenor de vida, sin entender los engaños y ardidés que suele usar el enemigo con quien lidiaba. Aun no habia descubierto Satanás sus entradas y salidas; sus acometimientos y fingidas huidas, sus asechanzas y celadas; aun no le habia mostrado los dientes de sus tentaciones, ni le habia puesto los miedos

y espantos que suele á los que de veras entran por el camino de la virtud. Aun no sabia Ignacio que cosa era gozar de la luz del consuelo, despues de haber pasado las horribles tinieblas del desconsuelo y tentacion; ni habia experimentado la diferencia que hay entre el ánimo alegre y afligido; levantado y abatido; caído y que está en pié; porque no habia su corazón pasado por las mudanzas que el hombre espiritual suele pasar y experimentar: cuando un dia estando en el hospital rodeado de pobres y lleno de suciedad y de mugre, le acometió el enemigo con estos pensamientos, diciendo: ¿Y que haces tu aquí en esta hediondez y bajeza? ¿porque andas tan pobre y tan groseramente vestido? ¿no ves que tratando con esta gente tan vil, y andando como uno de ellos, oscureces y apocas la nobleza de tu linaje? Entonces Ignacio llegóse mas cerca de los pobres, y comenzó á tratar mas amigablemente con ellos, haciendo todo lo contrario de lo que el enemigo le persuadia. El cual de esta manera fué vencido.

»Otro dia estando muy fatigado y cansado fué acometido de otro molestísimo pensamiento, que parece que le decia: ¿y cómo es posible que tú puedas sufrir una vida tan áspera como esta, y tan miserable y peor que de salvajes, setenta años que aun te quedan de vida? á lo cual respondió: ¿Y por ventura tú que eso dices puédesme asegurar sola una hora de vida? ¿no es Dios el que tiene en su mano los momentos y todo el tiempo de nuestra vida? Y setenta años de penitencia, ¿qué son comparados á la eternidad? Estos dos encuentros solos, fueron los que tuvo al descubierto para volver atrás del camino comenzado: y habiendo sido tan lleno de trabajos y peligros y tan sembrado de espinas y abrojos, como muestra todo lo que hizo y padeció, es señal de la particular misericordia con que el Señor le previno en las bendiciones de su dulcedumbre.

»Mas de ahí en adelante hubo una gran mudanza de su ánima, y comenzó á sentir grandes alteraciones, y como contrarios movimientos en ella. Porque estando en oracion y continuando sus devociones, secabásele súbitamente algunas veces el corazón, y hallábase tan angustiado y tan enredado, que no se podia valer ni desmarañar, desagradándose de sí mismo, y desabriéndose, por verse sin ningun gusto espiritual. Mas tras esto venia luego con

tanta fuerza, una como corriente del divino consuelo, tan impetuosa, que le arrebatava y llevaba en pos de sí. Y así con esta luz desaparecian los nublados de la tristeza pasada, sin dejar rastro de sí; la cual diferencia y mudanza, como él echase de ver movido con la novedad y admirado, decia. ¿Qué quiere decir esto? ¿Qué camino es este por donde entramos? ¿Qué nueva empresa es esta que acomentemos? ¿Qué manera de guerra es esta en que andamos? Pero entre estas cosas le vino un nuevo linaje de tormento, que fué comenzarle á acosar los escrúpulos y la conciencia de sus pecados: de manera que se le pasaban las noches y días llorando con amargura, lleno siempre de congoja y quebranto; porque aunque era verdad que con toda la diligencia y cuidado se habia confesado generalmente de sus pecados; pero nuestro Señor que por esta via le queria labrar, permitia que muchas veces le remordiese la conciencia, y le escapase el gusano y dudase: ¿si confesé bien aquello? ¿si declaré bien esto? ¿si dije como se habia de decir todas las circunstancias? ¿si por dejarme algo de lo que hice, mentí en la confesion?

»Con los estímulos de estos pensamientos andaba tan afligido, que ni en la oracion hallaba descanso, ni con los ayunos y vigiliass alivio, ni con las disciplinas y otras penitencias remedio. Antes derribado con el ímpetu de la tristeza, y desmayado y caído con la fuerza de tan grave dolor, se postraba en el suelo, como sumido y ahogado con las olas y tormentas de la mar; entre las cuales no tenia otra áncoa ni otro refugio, sino allegarse como solia á recibir el santísimo Sacramento del altar. Pero algunas veces cuando queria llegar la boca para tomar el Pan de vida, tornaban súbitamente las olas de los escrúpulos con mas fuerza y poderosamente, como que le arrebataban y desviaban de delante del altar donde estaba puesto de rodillas, y entregado del todo á los dolorosos gemidos, soltaba las riendas á las lágrimas copiosas que le venian. Daba voces á Dios y decia: «Señor, gran fuerza padezco, responded Vos por mí, que yo no puedo mas.» Y otras veces con el Apóstol decia: «Triste de mi desventurado, ¿quién me librará de este cuerpo, y de la pesadumbre de esta mas muerte que vida que con él traigo?» Ofrecíalese á él un remedio y parecíale que seria el mejor de todos para librarse de estos escrúpulos. Que era si su confesor, á quien

él tenia por padre, y á quien él descubria enteramente todos los secretos y movimientos de su alma, le sosegase y en nombre de Jesucristo le mandase no confesase de ahí en adelante de su vida pasada. Mas porque, por haber salido de él este remedio, temia le hiciese mas daño que provecho, no osaba decirlo al confesor.

»Habiendo pues pasado este trabajo tan cruel, algunos días fué tan grande y recia la tormenta, que un día pasó con estos escrúpulos, que como perdido el gobernalle, y destituido y desamparado de todo consuelo, se arrojó delante del divino sacramento en oracion, y encendido allí con fervor de la fé, comenzó á dar voces y á decir en grito: «Socorredme, Señor, socorredme, Dios mio, dadme desde allá de lo alto la mano, Señor mio, defensor mio. En tí solo espero, que ni en los hombres ni en otra criatura ninguna hallo paz ni reposo. Estadme atento, Señor, y remediadme. Descubrid, Señor, este vuestro alegre rostro sobre mí. Y pues sois mi Dios, mostradme el camino por donde vaya á Vos. Sed Vos, Señor, el que lo deis, para que me guie; aunque sea un perrillo ej que me diéreis por maestro, para que pacifique mi desconsolada y afligida alma, yo desde ahora le acepto por mi preceptor y mi guia.»

»Habíase pasado en este tiempo del hospital á un monasterio de Santo Domingo, que hay en Manresa, donde aquellos Padres le hicieron mucha caridad, y estaba aposentado en una celda, cuando pasaba esta grande tormenta; la cual no aflojaba punto con los gemidos y lágrimas, antes se acrecentó por un torbellino nuevo que le apretó muy fuertemente, con un desesperado pensamiento que le decia que se echase de una ventana abajo de su celda, y se despeñase: mas él respondía: «No haré tal, no tentaré á mi Dios,» y con esto se volvía á Dios y decia: «¿qué es esto, Señor? ¿Vos no sois mi Dios y mi fortaleza? pues ¿como, Señor, me quereis echar de Vos? ¿porqué permitis que ande tan triste y así me aflija mi enemigo, que me da gritos preguntándome cada hora, donde se ha ido tu Dios?» Dando á Dios estas amorosas quejas y estos penosos gemidos, vínole al pensamiento un ejemplo de un santo, que para alcanzar de Dios una cosa que le pedia, determinó de no desayunarse hasta alcanzarla. A cuya imitacion propuso él de no comer ni beber hasta hallar la paz tan deseada de su alma si ya no se viese por ello á peligro de morir.

»Con este propósito guardó siete días enteros tan enteramente el ayuno, que no gustó cosa del mundo no dejando por esto de tener sus siete horas de oracion hincado de rodillas, y de hacer sus disciplinas tres veces cada dia, ni los otros ejercicios ni devociones que tenia de costumbre. Y viéndose despues de este tiempo, aun con fuerzas para pasar adelante, y no nada debilitado, queria proseguir su ayuno, que habia durado de domingo á domingo. En el cual yendo al confesor, y confesándose, y dándole cuenta de lo que habia pasado por su alma aquella semana como solia, y lo que adelante queria hacer, su confesor se lo estorbó, y le mandó que comiese, diciéndole que si no lo hiciese y si piadosamente no confiase en la misericordia del Señor que le habia perdonado sus pecados, no le daria la absolucion. Obedeció, pues, llanamente á lo que el confesor le mandó, porque no pareciese que queria tentar á Dios: y aquel dia y el siguiente se sintió libre de los escrúpulos. Pero al tercero dia tornó á ser de ellos combatido, como de antes, mas al fin el remate de esta dura pelea, que le habia puesto en tan peligroso trance, que fué desvaneciéndose como humo, las tinieblas, que á cosas tan claras el demonio le ponía, y vestida su ánima y alumbrada de nueva luz del cielo, como quien despierta de un profundo sueño, abrió los ojos para ver lo que antes no veía. Y con grande desengaño y resolucion, determinó de sepultar la memoria de los pecados pasados, y no tocar mas á sus llagas viejas, ni tratar de ellas en la confesion.

»Y con esta victoria tan señalada, alcanzó maravillosa paz y serenidad su ánima; y tan grande discrecion de espíritu, y conocimiento de sus movimientos interiores, y tan admirable gracia de Dios para curar conciencias escrupulosas, que por maravilla venia á él persona ninguna tocada de esta enfermedad de escrúpulos, que no quedase libre con su consejo. Porque no probaba Dios á Ignacio para sí solamente, mas tambien para nuestro provecho se hacia aquella tan costosa prueba. Que aunque el Señor quiere á todos sus soldados muy expertos y probados; pero mucho mas á aquellos que han de ser como guias y caudillos de los otros: á los cuales despues de muy humillados y abatidos suele levantar y consolar: mortificándolos primero, y despues vivificándolos, para que puedan por lo que en sí experimentaron y aprendieron, con-

solar á los que se hallaren en cualquier género de aprieto y tribulacion.

»Desde el principio que Ignacio se determinó de seguir los estudios, tuvo siempre inclinacion de juntar compañeros que tuviesen el mismo deseo que él, de ayudar á la salvacion de las ánimas. Y así aun cuando en España anduvo tan perseguido y acosado, tenia los compañeros que dijimos que se le habian allegado, Mas como aun no habia echado raices aquella compañía, con la partida de Ignacio para Paris luego se secó, deshaciéndose y acabándose facilmente, lo que facilmente y sin fundamento se habia comenzado. Porque escribiéndoles él de Paris (cuando aun apenas se podia sustentar mendigando) cuan trabajosamente las cosas le sucedian, y cuan flacas esperanzas traia de poderlos él allí mantener y encomendándolos á D.^a Leonor Mascareñas, que (por respeto de Ignacio) mucho los favoreció, se desparcieron yéndose cada uno por su parte.

»Al tiempo pues, que entró al estudio de la filosofía Ignacio, vivian á la sazón en el colegio de santa Bárbara, Pedro Fabro, saboyano, y Francisco Javier, navarro, que eran no solo amigos y condiscípulos, mas aun compañeros en un mismo aposento. Los cuales, aun que ya casi iban al cabo de su curso, recibieron á Ignacio en su compañía: y por aquí comenzó á ganar aquellos mozos en ingenio y doctrina tan excelentes. Especialmente con Fabro tomó estrechísima amistad, y repetia con él las lecciones que habia oido; de manera que teniéndole á él por su maestro en la filosofía natural y humana, le vino á tener por discípulo en la espiritual y divina, Y en poco tiempo le ganó tanto con la admiracion de su vida y ejemplo, que determinó de juntar sus estudios y propósito de vida, con los estudios y propósitos de Ignacio. El cual no estendió luego al principio todas las velas, ni usó de todas sus fuerzas para ganar esta ánima de un golpe, sino muy poco á poco y de espacio fué procediendo con él. Porque lo primero le enseñó á examinar cada dia su conciencia. Luego le hizo hacer una confesion general de toda su vida, y despues le puso en el uso de recibir cada ocho días el santísimo Sacramento del altar: y al cabo de cuatro años que pasó viviendo de esta manera, viéndole ya bien maduro y dispuesto para lo demás, y con muy encendidos deseos

de servir perfectamente á Dios, le dió para acabarle de perfeccionar los ejercicios espirituales. De los cuales salió Fabro tan aprovechado, que desde entonces le pareció haber salido de un golfo tempestuoso de olas y vientos de inquietud, y entrado en el puerto de la paz y descanso; el cual, el mismo Fabro escribe en un libro de sus meditaciones (que yo he visto) que antes de los ejercicios, nunca su ánima habia podido hallar. Y en este tiempo se determinó y propuso de seguir de veras á Ignacio.

»Francisco Javier, aunque era tambien su compañero de cámara, se mostró al principio menos aficionado á seguirle, mas al fin no pudo resistir á la fuerza del espíritu que hablaba en Ignacio. Y así vino á entregarse á él, y ponerse del todo en sus manos; aunque la ejecucion fué mas tarde: porque cuando él tomó esta resolución, habian pasado dias, y estaba ya ocupado en leer el curso de la filosofía.

»Habia tambien venido de Alcalá á Paris, acabado su curso de artes y graduado en ellas, el maestro Diego Lainez, que era natural de Almazan. Trájole el deseo de estudiar la teología en Paris, y de buscar y ver á Ignacio, al cual en Alcalá habia oido alabar por hombre de grande santidad y penitencia. Y quiso Dios que fué Ignacio el primero con quien entrando en Paris se encontró Lainez, y en breve tiempo se le dió á conocer, y trabaron familiar conversacion y amistad. Vino tambien con Lainez de Alcalá, Alonso de Salmeron, toledano, que era mas mozo; pero ambos mancebos de singular habilidad y grandes esperanzas. A los cuales dió Ignacio los ejercicios espirituales en el mismo tiempo que los hizo Pedro Fabro, y por ellos se determinaron de seguirle. Y de esta manera se le fueron despues allegando Simon Rodriguez, portugués, y Nicolás de Bobadilla que es de cerca de Palencia. Los cuales todos siete acabado su curso de filosofía, y habiendo recibido el grado de maestros, y estudiando ya la teología, el año 1534, dia de la Asuncion de Nuestro Señor, se fueron á la iglesia de la misma Reina de los ángeles, llamada *Mons Martyrum*, que quiere decir, el monte de los mártires, que está una legua de Paris.

»Y allí despues de haberse confesado, y recibido el Santísimo Sacramento del cuerpo de Cristo nuestro Señor, todos hicieron voto de dejar para un dia que señalaron, todo cuanto tenian, sin

reservarse mas que el viático necesario para el camino hasta Venecia. Y tambien hicieron voto de emplearse en el aprovechamiento espiritual de los prójimos, y de ir en peregrinacion á Jerusalem, con tal condicion que llegados á Venecia, un año entero esperasen la navegacion; y hallando en este año pasage, fuesen á Jerusalem, é idos procurasen de quedarse, y vivir siempre en aquellos santos lugares; y si no pudiesen quedarse en Jerusalem, que en tal caso se viniesen á Roma, y postrados á los piés del Sumo Pontífice, vicario de Cristo Nuestro Señor, se le ofreciesen para que su Santidad dispusiese de ellos libremente, donde quisiese para bien y salud de las almas.

»Y de aquí tuvo origen el cuarto voto de las misiones que nosotros ofrecemos al Sumo Pontífice cuando hacemos profesion en la Compañía. Y estos mismos votos tornaron á confirmar otros dos años siguientes, eu el mismo dia de la Asuncion de Nuestra Señora, y en la misma iglesia y con las mismas ceremonias. De donde tambien tuvo origen el renovar de los votos que usa la Compañía antes de la profesion.

»En el espacio de tiempo de estos dos años, se le juntaron otros tres compañeros teólogos, llamados Claudio Jayo, saboyano, Juan Coduri, provenzal, y Pascasio Broet, tambien francés, de la provincia de Picardía, y así llegaron á ser diez, todos, aunque de diferentes naciones, de un mismo corazon y voluntad. Y porque la ocupacion de los estudios de tal manera se continuase, que no entibiase la devocion y fervor del espíritu, los armaba Ignacio con la oracion y meditacion cotidiana de las cosas divinas, y juntamente con la frecuente confesion y comunión. Mas no por esto cesaba la disputa y conferencia ordinaria de los estudios, que como eran por una parte de letras sagradas y teología, y por otra tomados por puro amor de Dios, ayudaban á la devocion y espíritu cristiano.

»Ibanse criando con esto en sus corazones, unos ardientes é inflamados deseos de dedicarse todos á Dios. Y el voto que tenian hecho (el cual renovabnn cada año) de perpétua pobreza; el verse y conversarse cada dia familiarmente; el conservarse en una suavísima paz, concordia y amor, y comunicacion de sus cosas y corazones, los entretenia y animaba para ir adelante en sus buenos propósitos. Y aun acostumbraban, á imitacion de los santos Padres